

# LA EDUCANDA.

Periódico de Señoritas.



Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion é instruccion, por don A. Pirala.—Leyendas Biblicas: Las Tablas de la Ley, por doña Micaela de Silva.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Al Señor [Himno], por doña Narcisa Perez Reoyo.—El Hada del viejo Tilo, por doña Angela Grassi.—GRABADOS: Las Tablas de la Ley.—Puntilla á crochet.

## EDUCACION É INSTRUCCION.

### LA MUJER.



E ha dicho, y con razon, que el estado social de la mujer revelaba el de la sociedad en que vivia, y la historia nos lo demuestra en eloquentes hechos. En los pueblos salvajes la mujer no es mas estimada que lo que pueda serlo un objeto de utilidad, y aun menos en algunos, porque se sabe de tribus ó colonias cazadoras en las que suelen ser de mas aprecio que la mujer los instrumentos de caza.

En los periodos de ilustracion en Grecia y Roma, la mujer ocupaba un lugar eminente, y vivirá lo que el mundo el recuerdo de las espartanas, y el de las patricias, y matronas romanas, que como Veturia, salvaron la patria, ó cual la madre de los Gracos dieron á la sociedad dignos ejemplos que bendecir é imitar.

La decadencia de Roma no podia menos de arrastrar consigo la decadencia de la mujer, y fué necesario el cristianismo para elevarla. María la redimió de la mancha de Eva, y Jesucristo la pone al nivel del hombre. Ya no podia descender.

Hubo, sin embargo, despues, épocas de barbarie, sociedades guerreras, pero la mujer era la reina de los torneos, y aunque no fuera tan considerada en el hogar como debia serlo, y á ello tenía derecho, aun encerrada en el castillo, era la señora de él, si bien el señor la tenia medio esclavizada.

La Edad media se distingue con respecto á la mujer, por una galantería que participa mas de las pasiones que del afecto; y á no ser por el cristianismo,

2.<sup>a</sup> ÉPOCA.

la mujer habria ocupado el puesto que en la sociedad pagana.

La educacion de los hijos la abria sin embargo el camino del porvenir, y cuando el hombre dejara de vestir constantemente los arneses guerreros, viviría en el seno de la familia, y allí estaba el poderío, el dominio de la mujer.

Cuando terminaba la paz, la mujer que tenia que aborrecer la guerra que separaba de su lado al esposo, odiaba tambien á su enemigo, y por amor á la familia, llegaba á amar á la patria y al partido, y mostrando de lo que es capaz ese sexo que se llama débil, se hacía guerrera como doña María de Padilla, y sabia arrostrar la muerte como otras.

Así llegó la mujer á tomar parte en las luchas de los hombres y de los partidos, porque á ello la impulsaba el amor á su esposo y á sus hijos, y el sentimiento de ver perturbada la paz del hogar, santuario de la felicidad de la familia.

La ilustracion difundiendo sus luces, difunde tambien las pasiones, y un sexo tan impresionable como la mujer, de susceptibilidad tan esquisita, no puede menos de participar de ellas; de aquí la necesidad de que, aun en medio de esas pasiones comprenda su deber, y sea el sereno piloto que navegue por tempestuoso mar evitando los escollos, en vez de dejarse arrebatar por las escarpadas y rugientes olas.

En esos tristes periodos de agitacion que atraviesan todas las naciones, es cuando la mujer tiene mayores deberes que cumplir, cuando necesita atesorar mas prudencia, mas discrecion, porque puede dar á veces un consejo salvador, ó hacer una advertencia venturosa. Cuando el amor y el saber inspiran, el consejo es sano y atendible, y la mujer ejerce entonces una mision no solo digna, sino sublime.

Véase, pues, como el saber es en la mujer para todas las ocasiones. Por eso decimos á la niña que estudie, y á la jóven que aprenda, porque luego la



mujer recojerá el verdadero y ópimo fruto de lo que hizo en su niñez y en su juventud. ¡Feliz la familia que cuente en su seno una mujer que sepa con su prudencia y su ilustración estar al nivel de todas las situaciones de la vida! Mas que mujer será la providencia de la casa.

A. PIRALA.

## LEYENDAS BÍBLICAS.

### LAS TABLAS DE LA LEY.

Al horrísono estruendo que produjo el choque de las olas detenidas para dar paso libre al pueblo de Dios, y violentamente desatadas para sumergir en el abismo á sus perseguidores, habia seguido un fúnebre silencio! La muerte se habia enseñoreado de los reales de Pharaon, éste habia perecido allí con la flor y nata de sus capitanes y guerreros: multitud de cadáveres flotaban sobre las agitadas olas del Mar bermejo, y las aves de rapiña revoloteaban en el aire acechando la presa que iba pronto á ser pasto de su voracidad. Separemos la vista de tan lastimoso y horrible cuadro, y avancemos, siquiera sea con la imaginación hasta el campamento de Israel.

Allí la escena variaba por completo. Una inmensa y animada muchedumbre, dividida en dos mitades, una de hombres, y otra de mujeres, preparábase á cantar las alabanzas de su Dios. Al frente de las hijas de Israel veíase á María, que agitando en sus manos el pandero, disponíase á repetir los inspirados versículos del cántico de Moisés.

Éste que se hallaba puesto á la cabeza de sus huestes varoniles, avanzó algunos pasos hasta colocarse á vista de ambos coros; su hermosa figura infundía respeto á la multitud. En sus ojos irradiaba la luz del génio.

Alzó sus manos al cielo, y con voz sonora entonó el primer versículo diciendo:—*Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha engrandecido su nombre; arrojó en el mar al caballo y al caballero.*

Estas palabras, repetidas por millares de voces, atronaron los espacios, y fueron á despertar los ecos de las montañas y de las olas.

Algunas horas despues, todo era silencio en los reales de Moisés, los israelitas entregábanse al sueño, únicamente velaban los vigías ó centinelas. El pueblo de Dios descansaba para emprender al día siguiente la peregrinación al través de los desiertos, que les era preciso atravesar luchando con mil obstáculos, y

exponiéndose á mil peligros, porque la peregrinación de Israel á la tierra de Canaán, viene á ser una imagen de la nuestra por el mundo; como ellos, nos dirigimos á la tierra de promisión, y como ellos, encontramos peligros en la travesía, y tentaciones que vencer.

Abandonaron á la mañana siguiente las orillas del mar Rojo, proveyéndose de armas con los despojos del enemigo; al arribar á Mara, la sed les aquejaba horriblemente, y aunque allí no faltaban manantiales, sus aguas eran tan acervas, que por eso aquel sitio fué llamado Mara, es decir, amargura; compadeciéndose Moisés de las quejas del pueblo, y tomando en sus manos un trozo de madera, le arrojó en el seno de las aguas, y estas endulzaronse de modo que pudieron refrigerarse todos y continuar su camino hasta Elim. Allí encontraron bulliciosas fuentes y cimbradoras palmas á cuya sombra descansaron algunos días.

Con pena dejaron aquel retiro delicioso, para encaminarse al desierto de Sin, que los separaba del monte Sinaí; en aquel desierto apuraron los víveres que habian sacado del Egipto, y como no hallaban en él recurso contra el hambre, comenzaron á murmurar contra sus jefes diciendo:—«Mas valiera que nos hubiérais dejado cautivos en la tierra de Pharaon, allí á lo menos, nos sentábamos junto á las ollas de vianda, y comíamos pan en hartura. ¿Para qué nos habeis conducido á este desierto, á que muramos de hambre?

—Confiad en la Providencia de nuestro Dios, y ni pan ni carne os faltará, respondiósles Moisés con fé robusta, y sucedió que aquella misma tarde acudieron al desierto numerosas bandadas de codornices, cayeron sobre los reales de Moisés, y hartáronse de carne los hambrientos.

A la mañana siguiente apareció la superficie de la tierra sembrada de una cosa menuda y como machacada en mortero, que algo se parecia á la escarcha que vemos en las mañanitas del invierno.

—¿Manhu? exclamaron los israelitas sorprendidos al ver aquello, esta exclamación significaba: ¿Qué es esto?

—Este es el pan que os ha bajado del cielo, respondiósles Moisés; ese pan no se nos da para satisfacer la gula, recoged lo necesario para el día, y dejad al Señor el cuidado de proveernos para el siguiente; si alguno recoge mas de un gomor ó celemin, repártalo con el que haya recogido menos, y solo en la víspera del sábado permítase cada uno hacer doblada provision.

No todos siguieron la prudente advertencia; muchos llevados por el afán de la codicia guardaron triple ración, y luego comenzó á hervir en gusanos, sin que les fuera de provecho su avaricia. Mas otros recogían doble ración y repartíanla con los ancianos, las



mujeres y los niños, ejercitando así la santa caridad y la limosna, que había recomendado el Señor por boca de Moisés.

El maná siguió alimentando al pueblo de Dios por espacio de cuarenta años que duró su peregrinación al través de los desiertos; el sabor era tan delicioso que á todos agradaba por igual.

Una medida de maná, recogida por Aaron y Moisés, fué conservada en un vaso precioso, que se depositó luego en el Arca Santa, para que diese á las generaciones venideras un irrecusable testimonio del milagro. El maná recogido en la víspera del sábado, día consagrado al Señor, conservábase fresco hasta la mañana siguiente, y derretíase los demás días en cuanto calentaba el sol.

Continuaban los israelitas caminando hácia el monte Sinaí, y haciendo paradas en los lugares mas á propósito para establecer su campamento y descansar de las fatigas de una marcha tan penosa para los ancianos, los niños y las mujeres. Así llegaron hasta Raphidin, sin que hallaran en tres días una gota de agua con que apagar la sed ardiente que abrasaba sus fauces; por lo cual, en el colmo de la exasperación, exclamaban. —¿Qué nos importa no morir de hambre si nos mata la sed? ¿Acaso no era mejor que nos hubieran dejado en las orillas del Nilo, que no traernos á este árido desierto en el cual no se halla un charco ni un pozo que nos brinde sus aguas? Estas murmuraciones amenazaban convertirse luego en una sublevación general. Moisés, divinamente inspirado, dirigióse con los ancianos y jefes á la piedra de Horeb, hirióla con su vara, y de la estéril peña brotó el milagroso caño que á manera de arroyo fué á estenderse á lo largo del campamento israelita, y avanzó con él hasta dejarle acampado en país abundantemente surtido de anchos ríos ó frescos manantiales.

La numerosa descendencia de Jacob vióse amenazada en el desierto por la de su hermano Esau, entre cuyos nietos contábase Amalec, de quien tomaron nombre los amalecitas. Era el temible caudillo de las tribus que habitaban las regiones árabes, y sabedor de que los israelitas cruzaban el desierto, intentó cortarles el paso saliendo á la cabeza de aguerridas huestes. Pero Moisés, avisado del peligro, dispuso que le salieran al encuentro sus mas fuertes campeones, acaudillados por Josué, guerrero insigne y esforzado caudillo de la tribu de Ephraim. Encontráronse los dos ejércitos y presentáronse la batalla, quedando en ella vencido el bárbaro Amalec, que con los suyos emprendió la fuga.

Josué, victorioso, volvió á los reales de Moisés, que le colmó de favores y elogios, nombrándole caudillo de su pueblo y ministro suyo.

Jephtho, que permanecía con Sephora en la tierra de Madiam, supo también que se hallaba Moisés

en el desierto, y juzgando la ocasión oportuna para colmar los votos de la enamorada esposa de Moisés, condújola con sus hijos al campamento; noticioso del arribo de tan caras prendas, voló á su encuentro el caudillo de Israel, y ambos consortes lograron el ansiado placer de abrazarse. Sephora le presentó á sus dos hijos, Gersan y Eliezer, que habían crecido en hermosura, y desarrolládose como dos tiernos capullos que nacen y crecen al abrigo del rosal que les dió vida.

El anciano Jephtho halló en su yerno al amigo de otros días, al hijo respetuoso, que dócil á sus consejos, no rechazó las indicaciones que para bien de Israel le hizo el respetable sacerdote de Madiam.

—Un hombre solo, decía Jethro á Moisés, por ilustrado y activo que sea, no basta por sí solo á gobernar un pueblo; es necesario que otros le presten su ayuda, y deber suyo es elegir esos ministros entre los hombres prudentes y temerosos de Dios, ajenos á la codicia y al espíritu de partido, que atentos á la rectitud en administrar justicia, cuiden mas del público bien que de su propio acrecentamiento.

Siguió Moisés tan buen consejo, y nombró entre los virtuosos de Israel tribunos, centuriones y caporales, que bajo sus órdenes atendían al buen gobierno de las tribus; estos juzgaban las diferencias que se suscitaban entre las familias hebras, y solo en casos graves apelaban al fallo de Moisés.

Aproximábase un día eternamente memorable; los Israelitas despues de una penosa travesía saludaron la cumbre del Sinaí, y acampáronse por fin á la falda de aquel sagrado monte. Entonces habló el Señor á Moisés y le dijo:—«Vendré á tí velado en oscura nube, para que me oiga el pueblo hablar contigo y te crea para siempre. Vé á él, y haz que se santifique y lave sus vestiduras; cuida de que se hallen todos apercebidos para el tercer día, en él «descenderé á vista de todo mi pueblo á la cumbre del monte Sinaí; marca límites en derredor, y di «que ninguno los traspase, porque moriría sin que le «tocase mano... Cuando se oiga el sonido de la trompeta, entonces sube al monte.»

Apercibió Moisés á todos por medio de sus jefes, y mandó que se purificasen y abstuviesen de todo acto impuro. Anunció al pueblo cuanto el Señor había ordenado, y el pueblo aguardaba con temor y ansiedad la llegada del tercer día.

En el día señalado, cuando el cielo brillaba en toda su claridad, oyéronse truenos espantosos, relucieron los relámpagos, y una densa nube descendió á envolver todo el monte sagrado, que humeaba como si estuviese ardiendo, mientras los ecos repetían los sonidos de la trompeta, y el pueblo, sobrecogido de temor, escuchaba guardando el mas profundo silencio. Moisés hablaba, y Dios le respondía. Bajó el enviado en busca de Aaron, y con él subió al monte



de nuevo. Entonces fué cuando el legislador Eterno dictó á Moisés el *Decálogo*, cuyos preceptos, á no estar obligados á obedecer, deberíamos adoptar por interés propio y conveniencia de cuantos habitan en rededor nuestro. El mundo sería un paraíso anticipado si los hombres todos fueran limpios de corazón, y amaran á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á sí mismos, y á esto vienen á reducirse los diez Mandamientos de la ley de Dios.

Cuando los dos hermanos descendieron de la montaña y promulgaron la ley divina, todos juraron seguirla y obedecerla, y en memoria de esto erigieron doce altares al pié del Sinaí, en ellos cada Tribu ofreció sacrificios y holocaustos.

Después el enviado volvió á subir hasta la mitad del monte con Aaron, Josué, Nadab, y otros ancianos y jefes del pueblo, hasta el número de sesenta, y vieron estos al Señor, no en su esencia, porque no es posible, sino en forma ó imagen acomodada á la capacidad del hombre mortal. El trono del Señor resplandecía como el cielo cuando está despejado; su pedestal era de záfiro; los ancianos se prosternaron y le adoraron á lo lejos.

Llamó el Señor á Moisés, y éste subió á la cumbre y desapareció entre la nube; allí permaneció cuarenta días; cuando bajó traía en sus manos las Tablas de la Ley, que le había dado el Señor grabadas en piedra, en su mente la inspiración divina, y las ideas que realizó respecto á la construcción del Arca Santa, y demás cosas pertenecientes al culto del Señor y á las leyes y ceremonias que habían de observarse. Sobre la frente del enviado resplandecía la aureola de los Santos que gozan de la presencia de Dios.

En la nueva Ley fué confirmada la gloria del legislador hebreo, y el Evangelio nos dice que Moisés apareció conversando con el Salvador de los hombres en las alturas del monte Tabór.

Las señales que precedieron á la promulgación de la ley, indican la servidumbre y el temor con que vivían los mas justos en la ley antigua; la caridad y el amor son distintivo de la nueva ley que nos fué dada por Jesucristo; esa ley divina, dice San Pablo, no está grabada sobre tablas de piedra, sino sobre los corazones de los fieles.

Grabémosla, lectoras, en el nuestro, grabadla en

el tierno corazón de vuestros hijos, y así podrán sin miedo acercarse al trono del Altísimo, y subir con el divino Redentor al monte santo, á la firmísima morada que su mano ha edificado para mansion de delicias eternas.

MICAELA DE SILVA.

## LABORES.

Para la puntilla que muestra el grabado se hace una cadeneta de las dimensiones que quieran darse á la puntilla, y sobre ella una vuelta compues-

ta de 1 bar., 2 ps. sencillos, 1 bar., y así toda la vuelta que resulta calada.

Ejecútanse después las estrellas separadamente, haciendo para cada una un círculo de 12 puntos de cadeneta, y sobre ellos una vuelta compuesta de 30 barras; después sobre las primeras cinco barras se ejecutan otras cinco, se vuelve la labor y sobre estas se hacen tres, dejando sin cu-

brir las dos de las orillas, se vuelve la labor y se hace una en el centro de las tres, y se corta la hebra. Ya tenemos hecho el primer rayo de la estrella, y volviendo á anudar la hebra al pié, se hace semejante el otro rayo, y lo mismo los seis. Colócanse después estas estrellas cosidas por las puntas, como indica el modelo, y se pasa á ejecutar otra cadeneta lisa, sujetando las puntas de las estrellas donde ellas mismas caen. Sobre esta vuelta se ejecutan dos como la primera, colocando las barras una encima de otra, y se pasa á ejecutar las ondas de esta manera.

Después de colocadas las estrellas á la distancia que indica el modelo, estrellas ejecutadas enteramente igual á las anteriores, se principia las vueltas que la rodean, y terminan la puntilla en esta forma:

1.<sup>a</sup> Vuelta.—10 ps. s. de cadeneta, 1 bar. en el primer rayo de la estrella, 10 ps. s., 1 p. doble en el segundo rayo, 10 ps. s., 1 p. d. en el tercer rayo, 10 ps. s., 1 bar. en el cuarto rayo, 10 ps. s., 1 p. d. en la última vuelta de barras, con lo cual queda encerrada la estrella en un semicírculo.



Las Tablas de la Ley.



2.<sup>a</sup>—Se vuelve la labor y se cubre esta cadeneta de barras separadas por dos puntos lisos y por uno de la vuelta anterior.

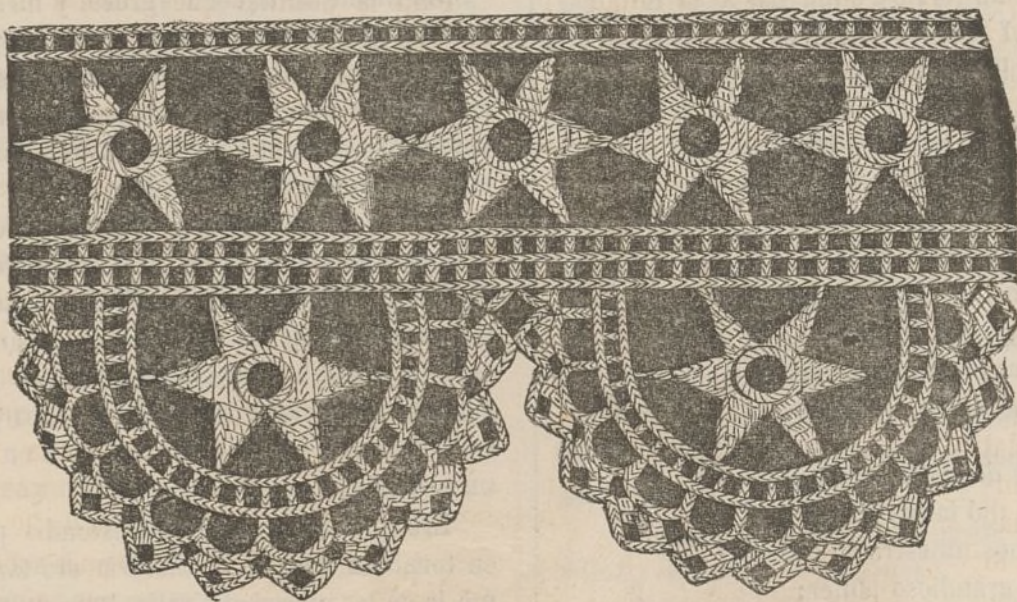
3.<sup>a</sup>—Se vuelve la labor y se ejecuta 3 ps. s., 1 bar., separadas por cuatro puntos de la vuelta anterior.

4.<sup>a</sup>—Se vuelve la labor y se hacen 2 bar. en el tercer punto sencillo de los cinco de la vuelta anterior, \*3 ps. s., 2 bar. en el mismo punto que se hicieron las últimas, 2 bar. en el tercer punto de los cinco que siguen.\* Se repite de señal á señal hasta concluir el semicírculo, hecho lo cual se corta el hilo, y se principia la cadeneta alrededor de la otra es-

¡ Quién pudiera escuchar los acentos  
Con que alaban tu gloria potente,  
Y admirar en su cándida frente  
La aureola que ciñe tu amor.

¡ Quién pudiera escuchar tu alabanza  
Ensalzada por ángeles bellos!  
¡ Quién pudiera mirar los destellos  
Que iluminan tu trono, Señor!

Tú das brillo á ese sol refulgente  
Que disipa la densa tormenta,  
A ese sol que radiante se ostenta  
En un cielo de plata y azul,



Puntilla.

trella, rodeándolas todas como queda explicado para la primera.

Este encaje, de una riqueza y novedad incomparables, puede servir ejecutado con algodón número 100 para pantalones de señora, peinadores finos, acericos, cortinajes, etc.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

## AL SEÑOR.

HIMNO.

¡ Quién pudiera, Señor, remontarse  
En las alas de nube luciente  
A la escelsa region esplendente  
Donde dictas tu ley eternal!

¡ Quién pudiera gozar de los ángeles  
Los suaves y armónicos coros,  
Y del arpa los ecos sonoros  
A que mezclan su voz celestial!

Tú das luz á esa luna argentada  
Que en las aguas fulgentes riela,  
Y á la nube que casta la vela  
Tú la das transparente su tul.

Tú contienen la mar que se estrella  
En la playa con ronco bramido,  
Al arroyo murmulio sentido  
Tú le das y perfume á la flor.

Tú sostienes al pecho que late  
Por la fé con que ardiente se inflama,  
Y la santa y purísima llama  
Tú le das de vivísimo amor.

Tú sostienes al alma que duda  
Y la inundas de santo consuelo,  
Tú le muestras purísimo un cielo  
De esperanza, de amor y de fé.

Y al mirar de tu amparo la muestra  
Te proclama su norte y su guía,  
Y en lugar de la duda que impía  
Abrigaba, tus máximas créa.



Por tí viven las aves que entonan  
Armoniosos y dulces cantares ,  
Por tí braman rugientes los mares ,  
Por tí silba el feroz vendabal :

Por tí gime la brisa suave  
Que susurra en la verde enramada ,  
Por tí brilla la hermosa cascada  
Y se estiende en copioso raudal.

Tú das mágico encanto á los bosques,  
Y sus luces brillantes y bellas  
A las mil rutinantes estrellas  
Que ese cielo tachonan azul.

Tú le das á la noche callada  
Magestuosa sublime poesía,  
Grata , dulce y sonora armonía,  
Puro, bello y magnífico tul.

Magestad á los ásperos montes  
Das , y grato murmullo á la fuente ,  
Y su voz rugidora al torrente  
Y mugido al terrible huracan.

Das al trueno su ronco estampido  
Que repiten los ecos lejanos ,  
Y nos muestras profundos arcanos  
En la lava que arroja el volcan.

Tú poblaste de séres el mundo ,  
Y tu soplo les dió la existencia ,  
Y dó quiera nos muestra tu esencia  
Tu sublime y grandioso poder;

Tú formaste á tu imágen al hombre ,  
Y cual chispa de gloria divina,  
Tú le diste la luz que ilumina  
Como luz de los cielos su sér.

Tú, Señor, que de un soplo formaste  
Ese mundo que vive y se agita,  
Pedestal de tu planta bendita,  
Poderosa y sublime creacion.

Da á mi lira una voz con que alabe  
Tu magnífica gloria esplendente,  
Ilumine , ¡ Dios mio ! mi mente  
Sacro el fuego de tu inspiracion.

NARCISA PEREZ REYO.

Coruña , Febrero 1865.



## EL HADA DEL VIEJO TILO.

Perdido entre las asperezas de los Alpes , no muy lejos del pais de los Grisones , y en el centro de la cordillera del Arlberg , allí donde nacen el Sech y el Inn , dos caudalosos rios que van á morir en el Danubio , existe un risueño vallecito cubierto de árboles , cruzado de arroyos , que dan sombras y murmurios á una humilde aldea.

El valle está formado por dos altísimos picachos, sobre uno de los cuales descuella el antiguo castillo de Asburg , y sobre el otro un monasterio , en donde castas vírgenes elevan á Dios sus oraciones.

En medio de aquella agreste y magestuosa naturaleza, alumbrados por los plácidos fulgores de aquel sereno cielo , los habitantes del valle se entregan á esas misteriosas y suaves creencias tan familiares en Alemania ; y no hay un árbol , una flor , un lago que no tenga su mística leyenda.

Cuando tuvo lugar el suceso que voy á referir era un domingo por la tarde. ¿De qué siglo, de qué año? No lo sé , nadie lo sabe !... El cielo estaba entoldado, las campanas del monasterio doblaban tristemente; en el castillo los antiguos servidores iban y venian con ademan consternado , y sin embargo en el valle los aldeanos y las aldeanas bailaban en derredor de un viejo Tilo.

Era un Tilo enorme, que estendia pomposamente en torno su ramaje. Su historia era tan antigua como la de las chozas del valle. Bajo su sombra habian bailado sus primeros habitantes ; delante de él habian pronunciado sus amantes juramentos, y por esto la adoracion trasmitida de padres á hijos habia ido tan lejos , que le suponian habitado por una hada benéfica , protectora de la aldea , y por esto en fin le hacian siempre testigo de sus juegos , de sus risas, de sus cantos....

—Mejor hariais en interrumpir vuestra algazara, dijo la vieja Fidelia acercándose al corro, apoyada en un nudoso baston. El señor de Asburg se muere !...

Cesó al instante el baile , cesaron las alegres voces, pero no se oyó ni un acento de conmiseracion, ni una plañidera queja.

—Dios haya en bien su alma ! dijo un jóven pastor que estaba sentado al pié del Tilo.

Aquellas palabras produjeron un efecto extraño en medio del silencio universal.

—Cómo dices eso , Gotardo ? exclamó Fidelia. ¿No sabes que si no hubiese desaparecido cierto documento, tú serias ahora dueño de esta comarca, en lugar de serlo su hija ?

—Yo soy mas rico que ella ! dijo Gotardo sonriendo. Tengo dos ovejas blancas y una pintada cabrilla; tengo una chocita risueña y aseada ; tengo sol, pájaros y alegría !



—Pero en vez de llamarte Gotardo te llamarías Asburg, podrías nombrar á tu padre, y no te haría ruborizar el recuerdo de tu madre...

Gotardo se levantó rápidamente. Su dulce y expresiva fisonomía se tornó severa y amenazadora.

—¿Cómo has osado, Fidelia, pronunciar esas palabras, gritó con voz de trueno, cómo has osado insultar cobardamente la memoria de mi madre? Todos saben bien que mi madre se casó con el hijo primogénito del señor del castillo, y que fué un verdadero sacerdote quien recibió sus juramentos. ¿Qué importa que por respeto á su padre el mío tuviese secreto el matrimonio? ¿Qué importa que habiendo muerto prematuramente, su hermano menor tal vez se apoderase de los papeles que justificaban aquella union, si estos hechos están en la conciencia de todos, si están escritos con caracteres indelebles en el cielo?

—Cálmate, muchacho, cálmate, exclamó Fidelia, no te lo decia por mal... Pero no estrañes que nos sorprenda el oírte rogar por quien causó tu ruina!...

La movible fisonomía del mancebo sufrió otra rápida transformacion: su rostro se tornó pensativo y melancólico.

—Sí! dijo, ruego por él con toda el alma!... Dios lo quiere, y la buena hada del Tilo lo quiere tambien!...

Todos se agruparon á su alrededor, movidos por lo curiosidad.

—La has vuelto á ver? la has vuelto á ver? repitieron veinte voces á un mismo tiempo.

—¿Hay acaso algun desgraciado que no la haya visto en la hora de su infortunio? exclamó Gotardo. Ah! ¿qué hubiera sido de nosotros, si la buena hada del Tilo no hubiese venido á conjurar los males que desencadenaba sobre nuestra frente ese infeliz que está al borde de la tumba? Como el alba sigue á la noche, como el iris á la nube tempestuosa, así siguen siempre sus beneficios á la negra desventura...

—¡Oh, sí! interrumpió una aldeana conmovida, ella nos dió dinero para reedificar nuestra casita, mandada incendiar por el señor...

—Ella me socorrió cuando mi marido estuvo preso en el castillo, dijo otra.

—Ella me trajo el perdon de mi hijo, añadió una tercera; de mi pobre hijo, condenado á muerte por haber cazado en los bosques del señor!

—Ella, sí! siempre ella! exclamó Gotardo con transporte; ¡oh, mi buena hada del Tilo, habrá algun corazon que no te ame y te bendiga!

—Pero la has vuelto á ver? preguntó Fidelia.

—Es una estraña aventura! murmuró el jóven en voz baja.

—Cuenta, cuenta, exclamaron todos á la par.

Gotardo prosiguió con ademan misterioso.

—Sabeis que se me aparecia continuamente, ya

al pálido fulgor de la luna, ya envuelta entre los resplandores de la aurora.....

Cuando discurría solo, triste y meditabundo por las florestas, siempre la descubria repentinamente junto á mí, diciéndome con su voz dulce y argentina: *espera, espera, te amo!*...

Cuando iba á rezar sobre la tumba de mi madre, siempre venia á mezclar con la mia su plegaria, y jamás la finalizaba, sin hacerme pronunciar una palabra de perdon para el señor; una palabra de ternura para su hija Berta...

Berta!... pobre Berta!... Yo amo á esa niña pálida y melancólica, como si fuera mi hermana!

Pero oid, oid: Una noche... hace ya muchos meses.... cuando regresé á mi cabaña, ví que me faltaba una ovejita.... salí á buscarla... recorrí montes y llanos... la niebla era espesa, la noche lúgubre, el aire frio y penetrante... Al atravesar un torrente, ví surgir delante de mí una forma negra y vaporosa... Me detuve, quise retroceder....

—Gotardo, gritó la viejecita hada del Tilo, pues era ella, Gotardo te traigo tu amada oveja, que hallé perdida entre los bosques!

En efecto, la blanca ovejuela vino hácia mí saltando y balando de contento.

—Y ahora escúchame, añadió el hada con tono solemne. Hace algun tiempo que andas triste y cabizbajo, por qué sufres?

—Cómo? interrumpió un pastor con cándida sencillez, es hada y lo ignoraba?

—Hum! dijo Fidelia en voz baja, yo creo que el hada y Berta son una misma cosa!

Todos se echaron á reir, Gotardo se encogió de hombros, y prosiguió con fuego.

Yo caí de rodillas, y le dije que amaba á Gilda. Gilda la hija del Burgomaestre, la que debe casarse en breve con Arnoldo, el mas rico pastor de la comarca. ¿Lo creeriais? Al oír mi revelacion el hada se conmovió profundamente; los sollozos levantaban su pecho; las lágrimas corrían por sus mejillas...

—Sé tú feliz, ya que yo no puedo serlo, exclamó al fin entre suspiros; no temas, serás rico, serás esposo de Gilda!

Luego, yo no sé si subió por el estrecho sendero de la montaña ó si se devaneció en las nubes, lo que sé es que quedé solo con mi ovejita blanca!... Desde entonces no la he vuelto á ver mas; nunca mas, nunca mas!...

Gotardo calló, sumido en una meditacion profunda.

En aquel momento las campanas del monasterio doblaron de nuevo, y en la torre del castillo ondeó una bandera negra.

—Vamos arriba, dijo Fidelia, vamos pronto, que el señor se muere!

Los aldeanos se descubrieron y subieron silenciosamente por la empinada cuesta que conducia



al castillo, mientras los ecos lúgubres y siniestros, repetían por todas partes: *muere, muere!*

En efecto, el señor del castillo estaba próximo á rendir su postrimer aliento. En una espaciosa estancia, alumbrada por algunos cirios, se veía el lecho en donde gemía moribundo el que había sido azote de sus míseros vasallos. Y sin embargo, estos vasallos estaban agrupados en la puerta respondiendo con fervor á la oración, entonada por los familiares del castillo y los sacerdotes, que formaban círculo en derredor del lecho.

Delante de todos se veía á Berta, la niña dulce y melancólica, que iba á quedar huérfana en la tierra.

De repente el moribundo se estremeció, hizo un supremo esfuerzo, y señaló con su trémula mano una redomita de cristal. Berta se abalanzó á ella, vació el líquido en una copa y la presentó á su padre.

El moribundo bebió ávidamente. Casi al instante sus ojos centellearon, sus brazos se movieron....

—Dios te ha oído, Berta! murmuró en voz baja, atrayendo á su hija junto á sí. Me arrepiento, me arrepiento!.. Qué tus votos queden satisfechos!... En aquel arcon de enfrente hay una arquita de hierro, en la arquita hay unos papeles, ¡son los que acreditan el nacimiento de Gotardo!...

—Padre! padre! Dios os bendiga! exclamó Berta.

El moribundo quiso hablar aun, pero la vida ficticia que le había comunicado el cordial, se extinguió rápidamente. Dejó caer los brazos á lo largo de su cuerpo, dejó caer la cabeza sobre el pecho de su hija.... Había muerto!

Berta soltó un grito de dolor, los circunstantes en tonaron con voz triste el *miserere*.

Tres días despues, Gotardo se hallaba sentado junto al hogar, en una chocita blanca. En un rincón dormían las dos ovejas y la pintada cabritilla, á sus piés el perro fiel, guardian de su rebaño.

Era de noche: Gotardo estaba triste: estaba triste, porque Gilda debía casarse al día siguiente.

Sin embargo, esperaba un milagro todavía. A cada chisporroteo de la lumbre, á cada sacudida que el cierzo daba á los endebles muros, á cada gruñido del perro, Gotardo se estremecía....

—Si fuese ella! pensaba. Lo ha prometido; vendrá!

Pero las horas se sucedían las unas á las otras, lentas, uniformes, silenciosas....

Por fin el gallo cantó anunciando la media noche, y la puerta de la cabaña se abrió de par en par, apareciendo en su dintel una viejecita.

—Aquí estoy! dijo con voz dulce y argentina, aquí estoy!

—Traía en la mano una pequeña arca de hierro, y la depuso á los piés de su protegido.

—Gotardo, prosiguió, llevarás esto al Burgo-maestre y Gilda será tu esposa!...

La voz de la viejecita al decir esto temblaba. Ca-

lló un instante, como si estuviese embargada por la emoción, y luego repuso:

—Júrame por el alma de tu madre, que cuando seas rico legarás una parte considerable de tus bienes al hada del viejo Tilo, que estos bienes serán entregados al anciano mas probo de la comarca, para que los administre en su nombre, y que su producto servirá para socorrer en lo venidero á todos los desgraciados.

—Lo juro! lo juro! exclamó Gotardo cayendo de rodillas.

—Y ahora adios, repuso el hada tras un momento de silencio, adios para siempre!... Me voy á descansar en el seno del Eterno, supuesto que te dejo á tí para que continúes mi obra en este mundo!...

La vieja desapareció!... ¿Cómo? de qué modo? Gotardo no lo supo.

Ocho días despues las campanas del castillo y las campanas del monasterio tocaban á vuelo al mismo tiempo.

Las unas pregonaban con sus lenguas de metal el casamiento de Gotardo, proclamado señor de Alburg, con la hermosa Gilda, las otras los esponsales de Berta con su Dios.

Desde entonces el hada del viejo Tilo nunca volvió á aparecerse á nadie.

Algunos años mas tarde, cuando rayaba el alba de una mañanita de Abril, los habitantes del valle vieron una llama azul salir del monasterio y remontarse al cielo. Casi al instante oyeron que las campanas del monasterio tocaban á muerto. Es que Berta había dejado de existir.

—Lo he dicho siempre, exclamó Fidelia dirigiéndose á los aldeanos, Berta era una santa, y ella y la buena hada del Tilo no formaban mas que una misma cosa.

Todos soltaron una carcajada al oír tan estraña paradoja.

Si visitárais el Arlberg, veríais el árbol venerando, que aun subsiste, y oiríais referir á sus habitantes esta sencilla leyenda, añadiendo con lágrimas de gratitud, que allí no se conoce el infortunio, porque los bienes de la buena hada del Tilo, sabiamente administrados, sirven para ahuyentarlo de toda la comarca!..

ANGELA GRASSI.

Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1865.

IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.